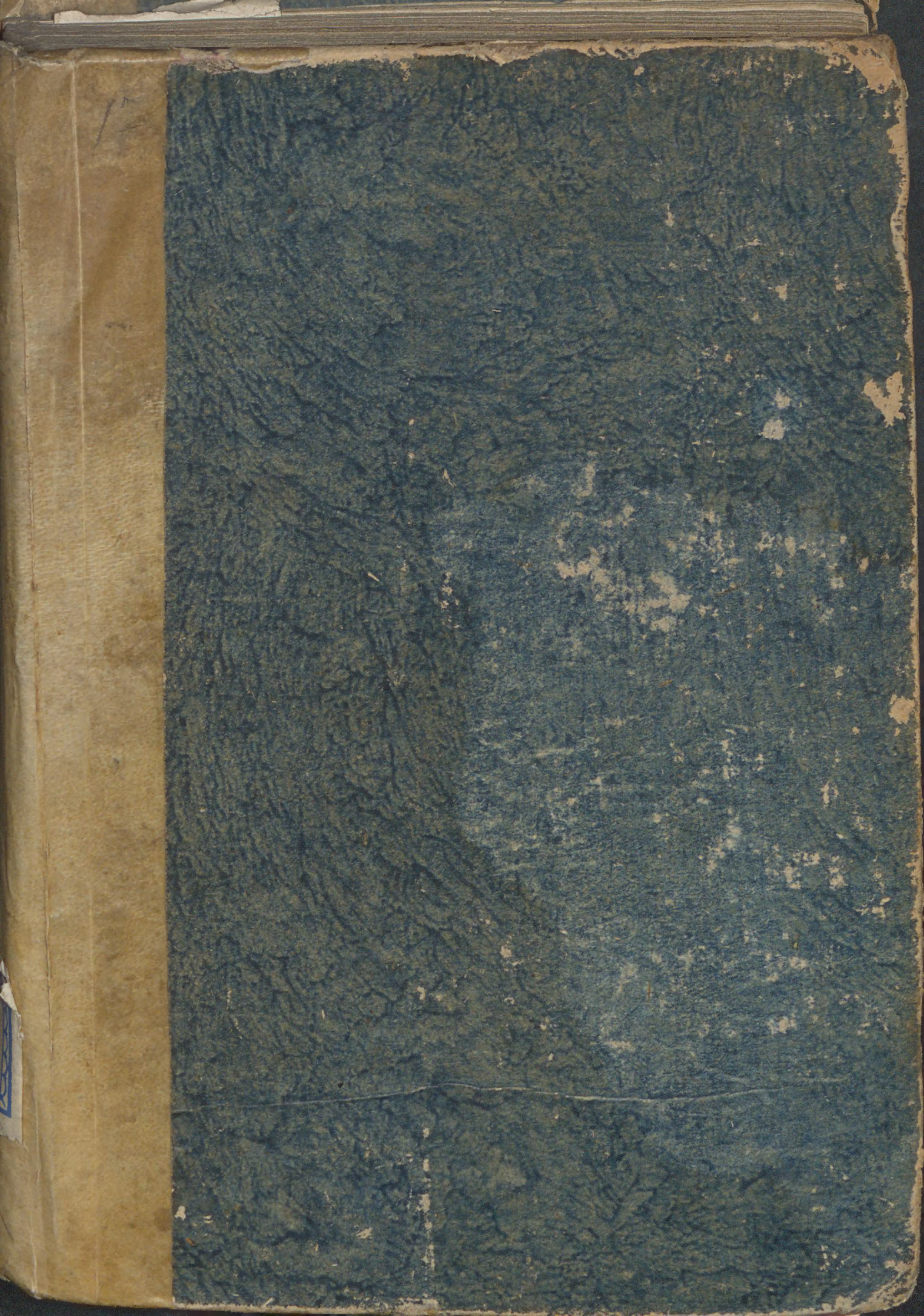
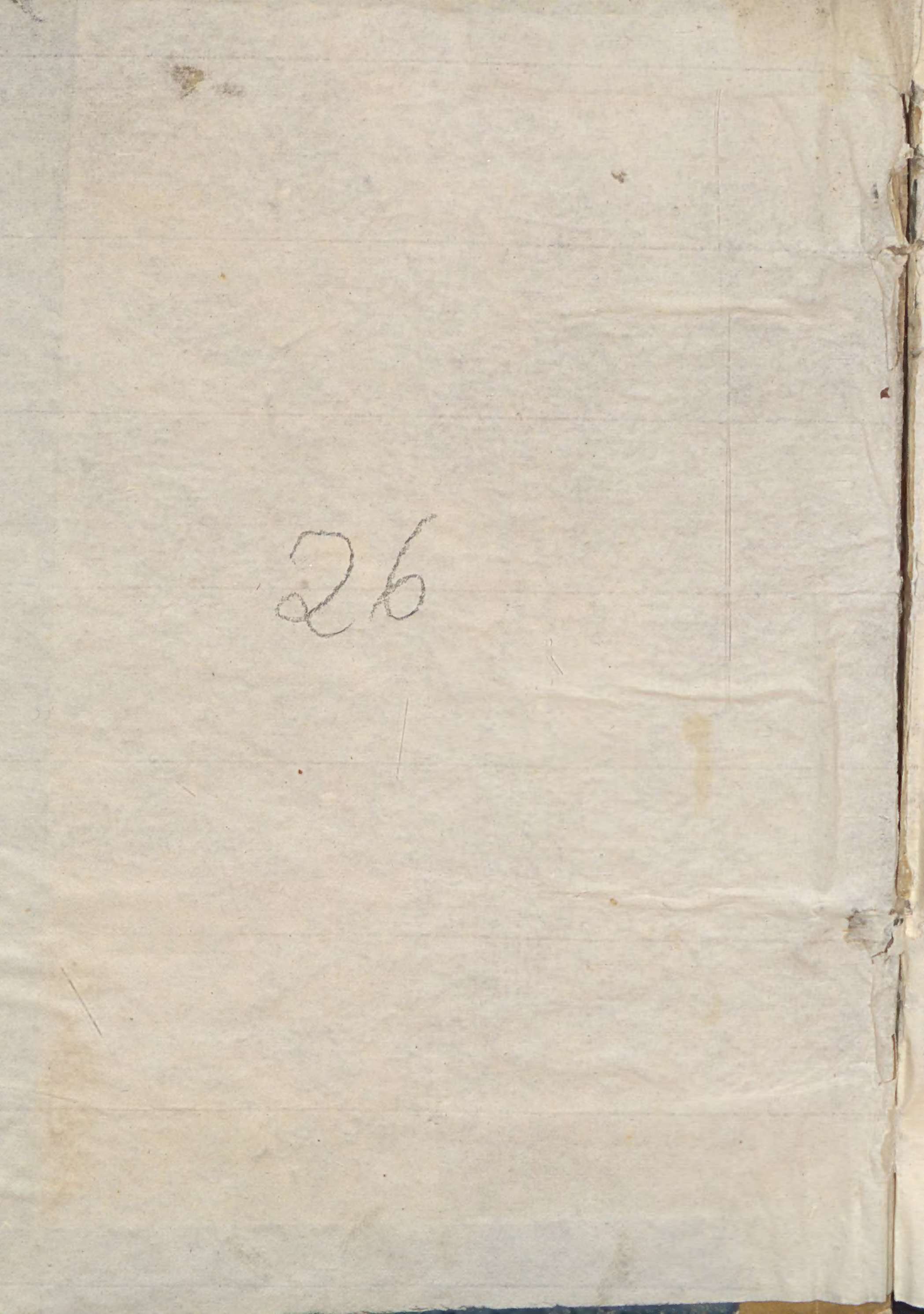
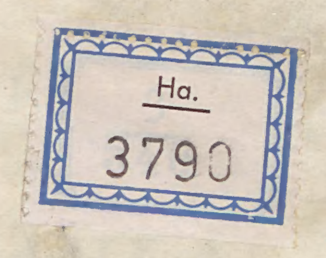



26


Ha.
3790

Núm. 34.

TODO EXTREMO ES VICIOSO,

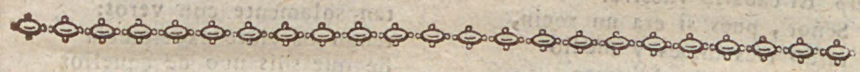
O

LA MUSICOMANÍA.

COMEDIA EN UN ACTO.

PERSONAS.

Don Tadeo, Padre de *Doña Juanita.*
Don Mamerto.
Justina.
Vacarmini.
Serpenton.
Un Lacayo.
Un Boticario.



La Escena es en la casa de Don Tadeo.

Sala bien adornada con un piano, mesa y demas adornos.

ESCENA PRIMERA.

Mamerto y Serpenton.

Serp. Con qué no me dice usted
á quien busca?
Mam. Con efecto, *Mirando atentamente.*
él es.
Serp. La cosa es graciosa:
que me ha conocido creo, *Ap.*
mas disimular conviene,
por si acaso... Caballero,
no me dice usted quien es,
ó á quien busca?
Mam. Ah bribonzuelo! *Ap.*
ya, ya lo diré.
Serp. Malicia
trae la nube, mas no quiero
capitular todavía.
Paréceme á lo que entiendo,
que venís equivocado.
Aquí vive un Don Tadeo,
Baron de...
Mam. Tambien habita
en esta casa un sugeto
bribon, borracho...
Serp. No tal;
porque mi amo Don Tadeo,

aunque músico, es muy sobrio,
y hombre de bien.
Mam. El que quiero
decir, es un Andaluz...
Serp. Toma! toma! ese sugeto
vive... venga usted conmigo,
y lo sabrá.
Mam. Ah tunantuelo!
Serp. Desde la puerta se ve
su casa, señor.
Mam. Primero
que salga te he de romper
la cabeza.
Serp. Segun eso,
usted hablaba conmigo.
Mam. Me conoces?
Serp. Yo!.. en efecto,
ahora caygo... vaya, vaya,
como hace bastante tiempo...
Mam. Qué has hecho de mi caballo,
infame?
Serp. El caballo vuestro?
Señor, pues si era un rocin,
tardó tres meses y medio
en traerme de Alicante
á Madrid.
Mam. Por eso mesmo
le venderías.
Serp. Y á fe
que tuve un trabajo inmenso
en hallar quien le comprara.
Mam. ¿Y conservas, á lo menos,
el dinero que tenia
la maleta?
Serp. Ay Dios eterno!
quando va uno de camino
gasta como agua el dinero,
además no habia tanto.
Mam. Habia, si bien acuerdo,
diez medallas.
Serp. Mil quisiera
que hubieran sido.
Mam. No creo
que haya bribon descarado
qual tú.
Serp. Si señor, es cierto,
pero á veces un bribon
suele servir de algo bueno.
Mam. Tú no sirves para mas
que para galeras.
Serp. Quedo,
que aun en tierra puedo ser
todavía de provecho.
En fin, Señor, cada uno
tiene sus ciertos defectos;
usted ama con locura
las hermosas, yo el dinero:
pues bien, si esta diferencia
de gustos, en otro tiempo,
nos hizo reñir, ahora
puede hacernos verdaderos
amigos: tiene mi amo
una hija, que es como un cielo,
de la qual usted se halla
enamorado.
Mam. Pero eso
cómo lo sabes?
Serp. Lo se,
tan solamente con veros:
tengo bastante experiencia
de que sois uno de aquellos
caballeros de novela:
pero señor, os advierto,
que en estos nuevos amores
no trateis de armar un duelo
como marras.
Mam. Ni tú trates
de nombrarte mi heredero
antes de que muera.
Serp. Al fin,
usted vuelve á hablarme de eso?
Mam. Te parece que lo olvide?
Serp. Pues bien: qué fue todo ello?
Mam. Robar maleta y caballo,
mientras yo estaba riñendo
con mi enemigo.
Serp. Eso fue
para quitaros de enmedio
un testigo peligroso,
si es que llegaba el aprieto
de que declarar me hiciesen.
Mam. Y dí, si yo hubiera muerto

por desgracia á mi contrario,
¿cómo salia del riesgo
sin dinero y sin caballo?
Serp. Usted tiene en su talento
muchos recursos; en fin,
ya lo pasado olvidemos,
y vamos á lo presente.
Juana, como iba diciendo,
es una excelente dama.
Mam. Cómo sabes tú que en eso
me lisonjeas?
Serp. Sin duda;
pero si no estais impuesto
en las cosas de esta casa,
tendreis éxîto funesto.
Mam. Ola!
Serp. Sí señor; es fuerza
andar por este terreno
con guia.
Mam. Tú lo serás.
Serp. Yo! pues si solo soy bueno
para galeras.
Mam. Si logro
mis designios por tu medio,
todo queda perdonado.
Serp. Bien dixe yo desde luego:
usted como buen galan,
busca un bribon por tercero,
y yo que amo la moneda,
la proporciono sirviendo
á un jóven acaudalado.
Mam. No perdonaré el dinero
que para el plan necesitas,
y así Manolillo...
Serp. Quedo,
que ya no soy Manolillo.
Mam. Has mudado segun eso
el nombre?
Serp. Yo mudo tantos
como oficios. Desde el tiempo
que me separé de usted,
he sido titiritero,
lacayo, mozo de sillas,
recluta, y en fin me veo
de Lacayo, favorito
del insigne Don Tadeo,
ya en la trasera del coche,
ó ya ocupando mi asiento
en la continua academia
que hay en casa, desempeño
muy bien mil obligaciones,
baxo de mi nombre nuevo.
Mam. Y ese quál es?
Serp. Serpenton.
Mam. El tal nombre por lo menos
es sonoro.
Serp. Señor mio,
acuérdese de aquel tiempo
en que solia llamarme
el precioso mensagero
del templo de Citeréa.
Mam. El Baron, es con efecto
un gran músico?
Serp. Lo dice,
y todos se lo creemos,
porque para eso nos paga;
mas sepamos á todo esto,
quales recomendaciones
traeis, porque yo os advierto,
que en casa á nadie se admite,
sin que sepa quando menos
tocar los platillos.
Mam. Dexa
las chanzas.
Serp. No me chanceo.
Clave de Ge-sol-re-ut
se necesita si habemos
de abrir la puerta del quarto
de mi amo.
Mam. Y dí, lo mesmo
sucede con el de Juana?
Serp. Ese es ya punto diverso:
pero supongo que usted
viene camino derecho
como Dios manda.
Mam. Bribon!
eso preguntas?
Serp. Los tiempos
estan desmoralizados
hasta un punto... en fin, ya veo
que usted lo que solicita
es casarse; y me intereso

en su suerte. Doña Juana
es hermosa, diez mil pesos
son su dote: me parece
que recompensa con eso
qualquiera incomodidad
del estado.

Mam. Yo no aprecio
sino su virtud, sus gracias.
Ah Serpenton! de tu ingenio
fio toda mi ventura.

Serp. Tocais algun instrumento?

Mam. Ninguno.

Serp. Cantais?

Mam. Tampoco.

Serp. Disarmónico sugeto;
pues cómo quereis casaros
sin tener conocimientos
de música? Señor mio,
vuestra pretension la tengo
por imposible.

Mam. Qué dices?

Serp. En fin, pensaré, y veremos.
Os conoce Doña Juana?

Mam. Si, la he visto en el Colegio.

Serp. Y la hablasteis?

Mam. Con los ojos
pinté mi amor.

Serp. Respondieron
los suyos?

Mam. Lo suficiente
á animarme: tambien tengo
á mi favor una carta
de mi tio Don Guillermo,
grande amigo de tu amo.

Serp. Y está en música?

Mam. Ya es eso
delirio.

Serp. Oh! No hay delirio
que valga, pues Don Tadeo
desprecia todo papel
que no esté en solfa: no hay medio,
es preciso que usted sea
un gran músico al momento,
ó que abandone su dama.

Mam. Y cómo en tan breve tiempo
he de ser músico?

Serp. El caso
es que yo me empeñe en ello.

Mam. Toma para que te animes.
Le da dinero.

Serp. Qué penetracion! qué ingenio
tan despejado!

Mam. Hace dias
que te conozco, y por eso
sé ganarte el corazon.

Serp. Cada uno va á su provecho.
Además, ya sabe usted
que el músico es un terreno
que jamás produce fruto
sino es á fuerza de riego.

Mam. Aquí hay mas agua.
Enseñándole el bolsillo.

Serp. Tal vez
hará falta, pues preveo
no pocos inconvenientes;
esta plaza por supuesto
se ha de tomar por sorpresa,
pues si tiene Don Tadeo
lugar para exâminaros,
no hay boda; así, lo primero
es necesario que usted...

Mam. Pasos oygo.

Serp. Con efecto,
vámonos á esotra pieza
para que nuestro secreto
no se sospeche. *Vanse.*

ESCENA II.

Justina, y luego Juana.

Just. No hay nadie
en esta sala; yo creo
que mi Señorita sueña:
chis, chis, venga usted sin miedo,
que no hay nadie.

Juan. Cómo no?
pues dónde se fue Mamerto?

Just. Qué Mamerto, Señorita?
usted siempre le está viendo
en su fantasía.

Juan. Digo

que entró en casa, y que aquí dentro
escuché su misma voz,
no me engaño.
Just. Siendo cierto
lo que decís, es probable
que estará en el aposento
de mi amo.
Dentro Tad. Huye bribon,
temerario.
Just. Ay Dios! qué es esto?
Juan. La prueba de ser verdad
la visita de Mamerto.
Dent. Tad. Vaya el bribon al instante
fuera de mi casa.
Juan. Cielos,
hay muger mas desdichada!
Just. No os desconsoleis.
Juan. ¿Qué puedo
esperar, si ya mi padre
con enojo tan violento
le despide?

ESCENA III.

Dichas, Don Tadeo, y luego Serpenton.

Tad. Serpenton,
véngame.
Just. Qué estoy oyendo?
Tad. Serpenton?
Sale Serp. Señor?
Tad. Ven hijo,
véngame de ese perverso
temerario.
Juan. Padre mio::
Tad. Apártate, que estoy ciego
de ira.
Serp. Pero, señor,
qué ha sucedido?
Tad. Un suceso,
un crímen imperdonable.

ESCENA IV.

Dichos, y un Lacayo.

Lac. A vuestros pies os ofrezco
la enmienda.
Tad. Huye de mi vista;
Serpenton, coje al momento
un garrote, muélele
las costillas, y que luego
se vaya fuera de casa.
Just. El Lacayo es el objeto
de su enojo.
Juan. Ya respiro.
Tad. No me obedeces?
Serp. Primero
quisiera saber qué crímen
es el suyo.
Tad. Me estremezco
tan solo de recordarlo!
si no fuera porque tengo
que tocar en la Academia
el piano, por mi mesmo
hubiera vengado el arte
de la armonía; mas temo
de que se me altere el pulso
con el violento manejo
del baston.
Serp. Es un temor
muy prudente, pero vuelvo
á preguntaros, qué hizo?
Tad. Que tuvo el atrevimiento,
la osadia, el desacato
de profanar un alegro
del maestro Samperuchi.
Serp. De qué manera?
Tad. Embolviendo
en su precioso papel...
Serp. El qué?..
Tad. Unas velas de sebo.
Serp. O! crímen imperdonable!
monstruo de crueldad, qué has hecho?
con qué las notas armónicas
en contracto con el sebo!
Tad. O! cómo brillan tus ojos
en noble ira! Corre presto
executa la sentencia.
Lac. Pero decidme, ¿no es cierto
que han de servir estas velas
esta noche en el concierto?
Serp. Y qué importa?
Lac. Importa mucho,

porque yo viendo que el sebo
es vilísima materia
para alumbrar á tan diestros
profesores, envolvílas
entre las notas, creyendo
que así se purificaban.
Tad. Deberas? tal fue tu intento?
Lac. Os lo afirmo.
Tad. Serpenton,
qué dices?
Serp. Que me hallo lelo,
absorto, al ver quanto aprecia
el arte.
Tad. Sí, con efecto;
hijo, olvida lo pasado,
y en este mes por supuesto
que tienes salario doble.
Lac. Tal favor...
Tad. Es justo premio
de tu zelo por la música.
Anda, hijo, sigue teniendo
la mayor veneracion
á esta arte. Baxo del cielo,
no hay cosa como la música!
Pero ahora que me acuerdo,
que son cerca de las diez,
que pongan mi coche.
Lac. Vuelo
á dar la órden. *Vase.*
Serp. Qué! va Usía
al ensayo?
Tad. Sí por cierto.
Cómo podia faltar,
si se ensaya un gran concierto
por el gusto de los godos!
Serp. Música estraña á lo menos
será.
Tad. Y tú has de venir
Juanita?
Juan. Señor...
Tad. Tenemos
reparos? A buen seguro
que como fuese á paseo,
ó á una brillante tertulia,
no habria que andar con ruegos.
Juan. No sé por qué lo decís?
Tad. Tengo razon, hace tiempo
que observo tu indiferencia
á la música, te veo
pocas veces en el piano.
Just. Perdone Usía, que hoy mesmo
ha estado la Señorita
estudiando, quando menos
dos horas. Mas si no quiere
asistir á ese concierto,
es porque allí solo irán
hombres.
Tad. Esto está bueno,
van hombres? pues que pensabas
que fuesen gatos y perros?
Juan. Como dixo usted ayer
que no iban señoras.
Tad. Quiero
atender á tu reparo,
mas cuenta conque en volviendo
has de cantar la ária grande
que te di ayer.
Juan. Os lo ofrezco.
Sale Lac. El Coche ya aguarda.
Tad. Vamos,
Serpenton.
Serp. Señor, yo tengo
que arreglar aquellas copias.
Tad. Es verdad, pues á tu esmero
fio la bella Academia
de esta noche.
Serp. No haya miedo
que falte nada.
Tad. Ea, á Dios.

ESCENA V.

Juana, Justina y Serpenton.

Juan. Vámonos á mi aposento,
Justina.
Just. Cómo, Señora,
sin averiguar primero
si vino ó no vuestro amante?
Juan. Quién puede informarnos de eso?
Just. Serpenton nos exâmina
de un modo que está diciendo

que tiene algo de que hablarnos.
Juan. Y es verdad; pero recelo
preguntarle...
Serp. He, Señorita,
acábense los secretos,
si quereis que yo os revele
el mas importante.
Just. Bueno,
cierta salió mi sospecha:
qué te ha dicho Don Mamerto?
Serp. Ola, cómo adivinastes
que me ha hablado?
Just. Lo sabemos
por cálculo. Qué te ha dicho?
Serp. Que está enamorado, ciego,
de la preciosa Juanita,
y que no habrá impedimento
que le estorve conseguir
su mano.
Juan. Ah! no lo espero;
mi padre, será imposible
consienta en tal himeneo...
Just. Por qué?
Juan. Porque no es músico.
Serp. Lo será: no es el primero
que el amor hizo cantar,
baylar y hacer mil excesos.
Tal poder tiene Cupido,
que al avaro mas tremendo
le hace garboso.
Juan. Tú hablas
del amor premiado.
Serp. Es cierto,
pero vos no teneis ojos
de ser ingrata.
Juan. Yo tengo
un padre, que dispondrá
de mi mano.
Serp. Sí, lo mesmo
que en el Colegio dispuso
del corazon.
Just. Sin rodeos,
dí si Don Mamerto habló
con el amo, y si podemos
esperar...
Serp. Tan solo á mí
habló el Señor Don Mamerto;
me han prendado su presencia,
y sus nobles sentimientos,
é interesado en su suerte,
me he dignado en el momento
concederle vuestra mano.
Juan. Si tu licencia tenemos, *Con iro-*
no se necesita mas. *(nía.*
Serp. No os burleis, pues si yo quiero
se hará la boda, y si aparto
mi proteccion, no hay remedio,
llevará sus calabazas
el novio.
Juan. Vaya, por cierto
que eres hombre de importancia.
Just. No hay un tunante mas diestro
en el mundo; si se empeña
en hacer el casamiento,
no dudeis que lo consiga.
Serp. Justina os está diciendo
la verdad.
Juan. ¿Conque me afirmas
que conseguirá Mamerto
ser mi esposo?
Serp. Sí señora,
segun el plan que hay dispuesto,
la cosa es indefectible.
Just. Y dí, quándo hablar podremos
al galan?
Serp. Qué disparate!
quando se pone por medio
un hombre de mi carácter,
no hay que andarse con rodeos
ni bobadas; vuestro amante,
protegido por mi ingenio,
vendrá con ayre de triunfo
en el preciso momento
de daros la mano.
Juan. Juzgo,
que fias de tu talento
demasiado.
Serp. No señora;
pero, ay Dios, que el coche siento
en el portalon!
Just. Tan pronto
vuelve el amo?

Juan. Con efecto
que es muy estraño.
Serp. Al instante
retiraos al quarto vuestro,
y poneos el vestido
de gala.
Juan. Pero...
Serp. No hay tiempo
para hablar mas.
Just. Que ya sube.
Juan. ¡Ay Justina, mucho temo
que esta intriga se convierta
en mi daño!
Just. Allá veremos. *Vanse.*
Serp. Pobrecilla! desconfia;
pero ya verá el efecto
de mi astucia.

ESCENA VI.

Serpenton y Don Tadeo.

Tad. Lleve el diablo
la escuela Goda.
Serp. Qué es eso!
pues, señor, cómo tan pronto
se finalizó el concierto?
Tad. Quién habia de sufrirlo?
aquello ha sido un estruendo,
sin armonía, ni estilo;
tan solo periodos sueltos;
un ruido, una confusion...
Serp. Antiguallas, con efecto;
vea usted ahora, los Godos!
unos soldadotes fieros,
qué entenderian de música!
Tad. Si yo lo estaba diciendo?
pero hay hombres en Madrid,
tan amigos de lo nuevo,
que solo por inventar
novedades, concibieron
el disparatado plan
de ponernos un modelo,
segun esa escuela Goda.
Jesus! en un mes entero
no descansan mis oidos.
Pero otro ruido perverso
Suena la campana.
hiere mi timpano.
Serp. Es
la campanilla.
Tad. En efecto:
ese agudísimo son,
es insufrible.
Serp. Yo entiendo
que es peor el aldabon.
Tad. Ambos son malos, veremos
si se puede colocar
una flauta allí, y con eso
llamará con melodia
quien venga.
Serp. Gran pensamiento!
voy á ver quién ha venido. *Vase.*
Tad. O profesores excelsos
de la Italia! ¿qué dixerais
si vierais este concierto
á la goda, comparado
con los preciosos modelos
que nos dexasteis escritos?
Sale Serp. Señor, señor?
Tad. Qué hay de nuevo?
Serp. El Boticario ha traido
la cuenta de los remedios
suministrados en casa.
Tad. Pues dile que vuelva luego.
Serp. Si le he dicho tantas veces,
eso mismo...
Tad. Ahora no tengo
gana de ver cuentas.
Serp. Bien,
pero ésta es...
Tad. No seas necio,
ó me enfado.
Serp. Mire Usía
que el Boticario la ha puesto
en música.
Tad. Cómo, cómo?
su cuenta en música!
Serp. Cierto;
conociendo vuestro gusto,
ha querido complaceros.
Tad. Hizo bien, dile que venga;

es gracioso pensamiento;
¡la cuenta de medicina
en solfa!

ESCENA VII.

Dichos, y el Boticario con un papel.

Botic. La mano os beso,
señor Baron.
Tad. Bien venido.
Botic. Señor, hace mucho tiempo
que pretendia el honor
de hablar...
Tad. Menos cumplimiento,
y mas música.
Serp. Leed
la cuenta, que yo os prometo
buen resultado.
Botic. Asi dice.
Tad. Empezad.
Botic. Estadme atento. (plica,
Cant. Cuenta formal, que por menor ex-
los remedios que en esta mi botica,
para el Baron he dado,
en este Agosto próxîmo pasado.
Tad. Bravísimo, proseguid,
el recitado es perfecto,
Cant. Botic. Suero para las criadas;
quatro purgas al Baron;
sinapismos á un Lacayo:
al otro estomaticon;
para Doña Juana,
en cada mañana
un buen jarabito,
con que su pechito
se fortifique,
y ponga en regla,
que todo vale
treinta pesetas.
Tad. Bravo, señor Anodino,
ciertamente el canto vuestro
es duro, pero no importa,
es alegre por lo menos,
y fácil, ta la, la, la, la.
Botic. Treinta pesetas.
Tad. Es bien cantable ese verso,
la, la, la, la, la, la, la.
Botic. Segun eso, me prometo...
Tad. Cierto que la arieta es bella.
Botic. Falta el acompañamiento
del bolsillo.
Tad. Así es verdad,
tomad media onza; por cierto,
me alegrára ser autor
de ese tono, con efecto,
tiene una cierta alegría
salvaje.
Serp. Desde ahora os tengo
por gran músico.
Botic. Y quién otro
tiene mas causa de serlo
que un Boticario?
Tad. Pues cómo?
Botic. Una Botica es el centro
de la armonía: Almireces
de vidrio ó metal; morteros
de piedra; cedazos grandes;
cedacillos mas pequeños:
todo arma un ruido armonioso.
Tad. Teneis razon, de ahí nacieron
los rasgos de la armonía
imitativa.
Botic. Yo os beso
las manos, vaya por fin
hizo la música efecto.

ESCENA VIII.

Tadeo y Serpenton.

Tad. Ta, la, la, la, la, la, la.
Repasando la cuenta.
El Boticario me ha puesto
de buen humor.
Serp. Yo al contrario,
tengo un grande sentimiento.
Tad. Bobada, toma el violin,
y al paso corregiremos
la arieta del Boticario.
Botic. Ah Señor! es harto serio
mi dolor.

Tad. Todo lo alivia
la música.
Serp. Yo me veo
precisado...
Tad. A qué?
Serp. A dexar
vuestra casa.
Tad. Cómo es eso,
dexarme?
Serp. Lo siento mucho.
Tad. Vaya, no puede ser eso:
quando me haces tanta falta!
Tienes un gusto perfecto
en la eleccion de las piezas,
buena voz, oido maestro;
no, no; de mí no te apartas.
Serp. Esas gracias que yo tengo,
son las que me obligan...
Tad. Cómo?
Serp. Llegó á Madrid el sugeto,
el hombre grande, el sublime,
á cuyas lecciones debo
las ventajas de que Usía
me aplaude.
Tad. Cómo? El grande maestro
que te enseñó con tal gracia,
ahora en Madrid le tenemos?
y quándo ha llegado?
Serp. Anoche.
Tad. Cómo se llama?
Serp. No creo
le conoceis, porque viene
de viajar.
Tad. Qué importa eso?
aunque venga de la China,
si es músico tan soberbio,
le conoceré por fuerza,
cómo se llama?
Serp. Sospecho
que quiere vivir incógnito.
Tad. Por qué capricho tan nuevo?
Serp. La modestia...
Tad. La modestia
de un músico! está muy bueno!
Serp. Además, piensa casarse.
Tad. O! de ese modo preveo
que residirá en Madrid.
Serp. Sí señor.
Tad. Pues bien, yo quiero
que asista á mis Academias,
tú vendrás con él, y tengo
todo quanto necesito.
Llévale un recado expreso
de mi parte, que le aguardo
hoy mismo.
Serp. El pensaba veros,
porque...
Tad. Será por mi fama.
Serp. Sí señor, y además de eso
piensa hablaros de su boda.
Tad. Querrá lograr por mi medio
el sí, del padre ó tutor
de la niña.
Serp. Yo sospecho
que así será; me parece
que hay obstáculos.
Tad. Pues ellos
se disiparán; qué padre
niega su hija á tal maestro!

ESCENA IX.

Dichos y el Lacayo.

Lac. Señor?
Tad. Qué dices?
Lac. Que quiere
hablaros un Caballero.
Tad. Pues bien, que pase adelante.
Serpenton marcha corriendo,
búscame ese profesor
incógnito.
Serp. En el momento.
Ya el primer paso está dado *Ap.*
con felicidad, veremos
como me salen los otros. *Vase.*

ESCENA X.

Tadéo y Vacarmini.

Vacarm. Señor Baron, yo me ofrezco

á vuestra órden.
Tad. Yo lo mismo,
me parece que no tengo
el honor de haberos visto
en mi vida.
Vacarm. O! no por cierto;
pero dentro de un instante,
grandes amigos seremos.
Tad. Ola! esa es una qüestion...
Vacarm. Que resuelvo en el momento,
solo con decir mi nombre;
soy el célebre maestro
Vacarmini.
Tad. Vacarmini!
aquel profesor excelso,
que alborota por Italia
y Francia?
Vacarm. Y añadid á esos
paises, el Austria, Prusia,
Turquía...
Tad. A los brazos vuestros
me precipito. O! hombre
sublime! el mismo cielo
te ha traido para ser
en este dia el modelo
de todos los profesores
de España!
Vacarm. Yo me prometo
lograrlo, precisamente;
tengo muy grandes proyectos.
Tad. Desde luego serán grandes,
pues que merecen ser vuestros.
Qué fama habeis adquirido
en los Reynos extrangeros!
Vacarm. O Baron! nuestra carrera
no tiene límites; creo
que aunque he ganado laureles,
son mayores los que tengo
que lograr.
Tad. Os pronostico
eso mismo, ¿no sabremos
quáles son aquesos planes
que traeis?
Vacarm. Los mas soberbios.
Reducir á un obligado
de Fagot, los sentimientos
de una coqüeta. Inventar
un nuevo y raro instrumento,
que imite el canto del Grajo;
y despues por complemento
escribir la Enciclopedia
en contradanzas.
Tad. Qué bellos
proyectos!
Vacarm. Pero quisiera
ser conocido primero
en el pueblo de Madrid.
Tad. Nada es mas fácil, para eso
se graba vuestro retrato,
se escriben luego unos versos
en vuestro elogio, se ponen
en música, y á los ciegos
se entregan.
Vacarm. Cómo, Baron,
á los Ciegos?
Tad. Si son ellos
la trompeta de la fama!
irán chillando, y diciendo
por Madrid, traygo el gracioso
papel que ha salido nuevo,
y los versos del señor
Vacarmini.
Vacarm. Considero
que es ridículo.
Tad. No tal,
amigo mio; el objeto
es adquirir nombradía,
si esta se logra, los medios
poco importan para el caso.

ESCENA XI.

Dichos, Serpenton, luego Mamento, y detras de él un Músico con un violin.

Serp. Señor Baron, gran encuentro.
Tad. Qué dices?
Serp. A quatro pasos
de casa, encontré á mi maestro,
y aquí llega.
Tad. Feliz dia,
no he visto otro mas completo!

Sale Mamerto: conforme concluye los versos, va el violin expresando los sentimientos de la frase.

Mam. Armonioso Baron, músico insigne, (tos,
permitid que os presente mis respe-
porque la admiracion de vuestra cien-
cia,
me constituye hoy esclavo vuestro.

Tad. O amigo! estoy encantado
de ver semejante exemplo
de vuestra pasion, al arte
que hace todo mi embeleso.

Mam. La música es vereda que conduce
de la inmortalidad al sacro templo,
el corazon, el alma, los sentidos,
se rinden á los músicos acentos,
y á el hombre que la música des-
precia,
odio, güerra sin fin, baldon eterno.

Toca veloz el violin.

Tad. Ay, qué fuego! qué expresion!
hombre sublime, estoy viendo
que la parte imitativa
la poseeis en extremo:
pero yo quisiera hablaros
sin ese acompañamiento.

Mam. Suspended. *Al violin.*

Serp. Señor Baron,
ved al Señor Don Mamerto,
y en el modo que ha tenido
de anunciarse, está diciendo
que es el mayor armonista,
sinfonista, y todo aquello
que acaba en ista.

Tad. No sabes
con qué veras te agradezco
que me hayas proporcionado
la amistad de tal sugeto.

Mam. Sabed, ilustre Baron,
que aunque tenia derecho
á vuestra amistad, por ser
sobrino de Don Guillermo,
vuestro amigo muy antiguo,
no usé de tal valimiento,
y preferí conquistar
vuestra estimacion y afecto,
con las melodiosas armas
de mi arte.

Tad. Fue como vuestro
el pensamiento: con qué es
vuestro tio Don Guillermo?

Mam. Sí señor.

Tad. Y cómo queda?

Mam. Muy achacoso.

Tad. Hace tiempo
que no le escribo; es un hombre
excelente, un verdadero
amigo de sus amigos,
bondadoso con extremo,
pero hablando en confianza,
pobre músico! no ha hecho
progreso alguno en el arte;
oido duro, perverso
gusto; pero sin embargo
yo muchísimo le aprecio,
y me doy la enhorabuena
de encontrar en Don Mamerto
un sobrino de mi amigo.

Mam. Solo aspiro á serlo vuestro.

Tad. Es hacerme mucho honor.
Ahora bien, aquí os presento
un profesor admirable,
aunque yo doy por supuesto
que le conoceis de Italia.

Serp. Decid que sí: *Aparte á Mam.*
con efecto,
este es aquel profesor
de quien hablasteis vos mesmo
anoche.

Mam. Ya se ve, es
el Señor...

Serp. Su nombre tengo
en el pico de la lengua.

Vacarm. Vacarmini.

Mam. Con fecto:
tengo muy grandes noticias
de su habilidad.

Tad. Me alegro.

Mam. Quanto me acuerdo de Orlando
el furioso.

Vacarm. Caballero,
qué decís?
Mam. Le vi con gusto
en Roma.
Vacarm. Qué estais diciendo?
si se ha estrenado en París.
Serp. Habladle en su idioma.

Al oido á Mamerto, y éste le alarga dinero sin que lo observe el Baron.

Mam. Veo
que estais algo trastornado,
yo he visto al Orlando vuestro,
quando añadisteis el duo...
os acordais?
Vacarm. Sí por cierto.
Mam. Veis como tengo razon?
Vacarm. Pues con tales argumentos,
á quién le puede faltar?
Mam. O! qué trozos tan soberbios
y brillantes!
Vacarm. Cómo miente. *Ap.*
Mam. Qué decís de los conciertos
que yo di en aquella corte?
Vacarm. Inauditos! qué talento
para elegir sinfonias!
Tad. ¡Qué placer ver dos maestros
tan profundos en su arte!
Vacarm. Decid tres.
Tad. Yo no me atrevo
á entrar en comparacion
con ustedes.
Vacarm. Ya es eso
una modestia culpable.
Tad. Sabed que tiene proyectos
sublimes.
Mam. Serán muy grandes;
mas con todo, el que yo tengo
no conoce superior.
Tad. Si es que saberle merezco...
Mam. Cómo pudiera callarlo!
¿acaso habrá pensamiento
en nuestro divino arte
que pueda llevarse á efecto
sin consultaros?
Tad. ¡O quánto
me lisonjeais!
Serp. No por cierto;
mi maestro os aprecia mucho.
Tad. Veamos pues el proyecto.
Mam. Una escuela universal
de Música, un Colegio,
donde se pongan los niños
recien nacidos.
Tad. Qué bello
plan!
Mam. Las amas de cria,
los criados y el portero,
todos en fin serán músicos;
delante de los pequeños
colegiales, se hablará
siempre cantando. Así, ellos
en muy poquísimos dias
se instruirán con el exemplo
en llorar con armonía,
para que luego en creciendo
no pidan siquiera pan
sino cantando.
Tad. Estupendo
proyecto! por vida mia,
diera todo quanto tengo,
por haber imaginado
proyecto tan gigantezco.
Vacarmini, qué decís?
Mam. O! no señor, no por cierto,
Le da dinero á Vacarmini.
la cosa es sobre manera
sencilla, por un momento
reflexîonadlo, y vereis
que no hay obstáculo en ello.
Vacarm. Amigo, usted tiene el arte
de allanar impedimentos.
Tad. Y además, qué utilidad
resultará al universo?
Vacarm. La mas grande.
Mam. Cada dia
en la sociedad nos vemos
los músicos, qual nosotros,
heridos por el violento
choque de los varios sones
discordantes; allí, un grueso

asentista os habla en baxo,
una petimetra luego
salta con su voz de tiple,
y nos hiere el oido. En esto
se oye la monotonía
del activo noticiero,
que parece un vendedor
de gacetas: se oye un viejo
gangoso, otro que parece
vocina; en fin, todo ello
forma un conjunto infernal.

Tad. El retrato es muy perfecto.

Mam. Pues bien, si todos hablasen
en música, fuera un cielo
la sociedad; qué armonia
en las tertulias! qué juego
tan agradable de voces!

Tad. Yo me encanto, me embeleso
solo de pensarlo. Amigos
¡qué haya hombres tan groseros,
que vivan sin aprender
la música!

Mam. Son muy necios;
pero en poniéndose en planta
nuestro armonioso Colegio,
todos se convencerán.
Y qué, no nos dan exemplo
las aves? ¿no veis qual todas
se explican siempre en gorjeos
y trinados? Pues si canta
hasta la chicharra, ¿hay necio
que se atreva á no cantar
en el mundo?

Tad. Don Mamerto,
vos me asombrais! en mi vida
me ha hablado ningun sugeto
con tan sublime entusiasmo.

Mam. Ah! señor Baron: me siento
inspirado, arrebatado.

Serp. Ea, tratad del Colegio
de música universal,
y para que tenga efecto,
seria muy conveniente
que ustedes, como sugetos
de tanta celebridad,
diesen el primer exemplo
embiando allá sus niños.

Vacarm. Cómo! si yo soy soltero!

Tad. Dice muy bien Serpenton,
los tres casarnos debemos,
y si Dios nos diese hijos,
ponerlos en el Colegio.

Mam. Casarme!.. Ha, señor Baron,
que me excitais un recuerdo
muy amargo.

Tad. Ciertamente.
Serpenton me ha hablado de eso,
parece que teneis novia.

Mam. He tenido atrevimiento
de pensar en una dama...

Tad. Ah, no, no os echeis por el suelo,
¿qué muger podrá negarse
á enlazarse en himeneo
con un hombre como vos?

Mam. Yo de la dama no tengo
desconfianza. Su padre
es quien...

Tad. Será un indiscreto
si niega la aprobacion;
quién es? vereis, que al momento
voy á visitarle.

Mam. Basta
un simple recado vuestro.

Tad. No, no: yo voy en persona;
por el Señor Don Mamerto,
me intereso vivamente.

Serp. Pues dad el consentimiento
para la boda.

Tad. Qué dices?

Mam. Que la ventura que espero
depende de vuestra mano,
pues Doña Juana es el dueño
de mi corazon.

Tad. De veras?
pues acaso...

Mam. En su Colegio
la vi algunas veces.

Tad. Juana...
qué ventura! Juana?

Serp. Ha hecho *Ap.*
su efecto la intriga.

Tad. Juana?

ESCENA ULTIMA.

Dichos, Juana y Justina.

Juan. Señor?
Tad. Venga en el momento
tu mano.
Juan. Padre...
Tad. Tu mano.

La agarra de la mano, y la entrega á Mamerto.

Aquí, Señor Don Mamerto,
os entrego á vuestra esposa.
Juan. Ay padre, nunca...
Tad. Qué es eso
de nunca? tú me replicas?
Juan. Al contrario, estoy diciendo
que nunca mi voluntad
se puso mejor de acuerdo
con vuestra órden.
Tad. Llámese
á un Notario en el momento.
Mam. Firmad aquí la licencia,
que traygo para este efecto
escrita.
Tad. Qué prevenido
habeis andado!
Mam. Estoy hecho
á no perder un instante
para no robar el tiempo
al estudio de la música.
Tad. Muy bien hecho: todo es menos
que ese arte: Ya está mi firma.
Mam. Pues marchad en el momento
á buscar quien formalize
este acto. *Al violinista.*
Tad. Con tal yerno
tengo de volverme loco:
no estás contenta?
Juan. En extremo,
porque me dais por esposo
á quien mereció mi afecto,
y así...
Tad. Aguarda, Serpenton,
sube á mi quarto de un vuelo,
y busca aquella aria grande
que acabé ayer.
Serp. Voy corriendo. *Vase.*
Tad. Viene aquí como de molde,
para expresar los conceptos
amorosos, conque Piramo
habla á su Tisbe.
Vacarm. En efecto,
la situacion es exâcta.
Sale Serp. Aquí está el aria.
Tad. Yo quiero
que como Piramo, oygamos
á mi yerno Don Mamerto.
Mam. Ay Dios de mi vida!
Tad. Vamos.
Serp. Ahora si que es el aprieto!
Tad. Empezad.
Mam. Señor Baron,
el amor, no solo es ciego,
sino mudo.
Tad. Disparate!
no hay en todo el universo
hablador como el amor.
Mam. Será, pero en el exceso
de mi amor y mi alegría
os afirmo que enmudezco,
y además estoy muy ronco.
Tad. Ese ya es achaque viejo
de músicos. No lo admito.
Mam. Yo cantaria, mas tengo
una dificultad.
Tad. Quál es?
Mam. El que la nota no entiendo.
Tad. Cómo es eso, qué decis?
Serp. Que es el Señor Don Mamerto
sobrino de vuestro amigo,
y amante (hace mucho tiempo)
de la preciosa Juanita,
mas no es músico.
Tad. Qué negro,
qué abominable complot!
Mam. Señor Baron, de este yerro
solo es disculpa el amor.
Vacarm. Pues, y aquello del Colegio?

Tad. Y el andar con el violin
siempre al rabo?
Mam. Fue todo ello
por facilitar la entrada
en vuestra casa.
Juan. Yo espero
que perdoneis una intriga
inocente.
Tad. No, perversos,
no os perdono! en el instante
marchad de mi casa: presto,
idos á donde no os vea.
Juan. Padre...
Tad. Ya ese nombre tierno
no te pertenece, huye.
Vacarmini?
Vacarm. Estoy dispuesto
á serviros.
Tad. Desde ahora
sois mi hija.
Vacarm. Que estais diciendo,
yo hija vuestra? si soy macho?
Tad. Supuesto que á mi hija veo
casada con ese hombre
antimelodioso, quiero
que vos os quedeis en casa,
y que heredeis en muriendo
todo mi caudal.
Vacarm. Mil gracias,
y para vuestro consuelo,
voy al instante á escribir
este chasco tan funesto
en una sonata.
Tad. Sí,
vamos hijo mio.
Juan. Pero
así nos abandonais?
Tad. Quitad, infames: detesto
á quien la música ignora. *Vase.*
Serp. Pues señores, esto es hecho,
el Baron hizo una fuga,
toquemos aquí un alegro,
que en verdad se pierde poco
en reñir con un sugeto
tan raro.
Mam. No le desprecies,
pues merece mi respeto
como padre de mi esposa.
Vamos nosotros á dentro
á procurar convencerle
demostrándole su yerro,
en dar exclusivamente
su admiracion y su aprecio
á la música: este arte
es apreciable en efecto,
mas tambien lo son los otros;
cada uno tenga su puesto
debido, que en qualquier cosa
siempre es vicioso el extremo.

FIN.

CON LICENCIA. VALENCIA: EN LA IMPRENTA DE MARTIN PERIS. AÑO 1817.